

miento y Mitre, el «Anecdotario de Sarmiento», de Augusto Belín, nieto del patricio, un estudio de Ingenieros, libros de Aníbal Ponce, Alberto Palcos, de maciza construcción, de Carlos O. Bunge, Ricardo Sáenz Hayes, Juan Pablo Echagüe y anotaciones de extranjeros: de Unamuno, Salaverría y el Conde de Keiserling.

A Sarmiento se le motejó en su tiempo y posteriormente de loco. El análisis de la vida emotiva de Sarmiento—expresa Farina—nos demuestra lo contrario. Era el formidable luchador, un ente normal y hecho, además, para las delicias del hogar. No fué un bohemio sentimental, ni un hombre trashumante; ni un atacado del mal del siglo. Vivió una existencia serena, como un buen padre de familia, sin haber podido disfrutar—acaso deseado—del puro goce dionisiaco. Es que en el fondo, a pesar de su admiración por el mundo griego, fué Sarmiento un espíritu profundamente cristiano por su cuna, su tradición y su abolengo. De ahí su romanticismo sin gesto teatral. Comenzó su vida imitando a los románticos franceses y terminó sus días en la postura de un maestro del evangelio. Amó y fué amado.

Pero siempre la leyenda sitúa a los hombres en el clima en que desarrollaron sus actividades. No podía creerse en una imagen de Sarmiento tranquilo, pacífico, sin exaltaciones. Combatiendo la tiranía de Rosas y especialmente creando esa gesta de «Facundo», levantaba para la posteridad una figura tumultuosa, rica en violencias, apasionada y colérica. Pero siempre la investigación de los datos íntimos, da al traste con las leyendas. Lo cual ciertamente no excluye en Sarmiento la pasión, el tumulto, la movilidad vehemente y el esfuerzo lleno de cólera.

«La Vorágine» traducida al ruso

Es un nuevo triunfo de la novela hispanoamericana. «La Vorágine», de José Eustasio Rivera, que ha sido vertida al francés, al alemán, al italiano, al inglés, acaba de serlo al ruso

con el nombre de «Puchina». El traductor o profesor ruso Kelin, ha puesto al frente de esa versión un largo análisis de la obra y en parte de la novela americana. Se ve que el profesor Kelin está bastante informado de lo que ocurre en América en materia literaria, aunque al citar a los grandes novelistas hispanoamericanos, entre los cuales menciona a Eduardo Barrios y su novela «Un perdido», deja en el olvido algunos nombres de la novelística del continente.

Pero en todo caso, el conocimiento de «La Vorágine» en Rusia ha despertado un gran interés. La edición fué hecha en Moscú en las ediciones del Estado Soviético, en la colección «Arte Literario».